



ICANH

DOCUMENTO DE RESULTADOS Y ACTIVIDADES REALIZADAS

**¿AFROJUVENICIDIOS?
DEL RACISMO COTIDIANO HACIA UNA POLÍTICA DE EXTERMINIO DE
JÓVENES EN LAS PERIFERIAS DE CARTAGENA DE INDIAS**

GANADORES DE ESTÍMULO DEL ICANH 2024, “BECA DE INVESTIGACIÓN -
ESTUDIOS SOBRE EL RACISMO”, CATEGORÍA TRAYECTORIA.

PRESENTADO POR: WILLIAM ANDRÉS ÁLVAREZ ÁLVAREZ

ENTIDAD A QUIEN VA DIRIGIDO: INSTITUTO COLOMBIANO DE
ANTROPOLOGÍA E HISTORIA-ICANH

Introducción: De regreso al gueto

El 16 de julio del 2024 Regresé a las periferias urbanas de la ciudad de Cartagena, lugar en el que desarrollé una ambiciosa etnografía que buscaba describir las dinámicas violentas de los jóvenes pandilleros en esos territorios en un periodo comprendido entre 2014-2018, ejercicio investigativo que dio como resultado el libro intitulado “Esto es el boro” Vidas en la periferia¹. No obstante, la vida sigue y todo se transforma, lo mismo sucede con las dinámicas violentas en los barrios periféricos, con sus protagonistas, con las condiciones políticas y económicas que, de algún modo, permean sus realidades cotidianas².

Durante años seguí la vida de un grupo de jóvenes que en algún periodo de sus vidas hicieron parte de pandillas, fueron militares, ex milicianos ladrones, vendedores/consumidores de drogas duras, trabajadores informales o fundadores de grupos de autodefensas comunitario; un paisaje social y urbano heterogéneo muy propio de la periferia. Muchos de estos personajes se han convertido en adultos, algunos en padres, otros en sicarios, alguno que otro ha estado detenido en cárceles, han encontrado otras vocaciones, incluso, se han alejado del mundo del crimen, pero el mundo del crimen no se ha alejado de ellos.

Con este trabajo busco retomar preguntas que no alcancé a responder o profundizar sobre los efectos de la violencia urbana que experimentan los jóvenes afrocaribeños que habitan en periferias urbanas pobres, tal y como me situé anteriormente en la localidad de la virgen y el sector conocido como Olaya-Rafael Núñez, del mismo modo lo vuelvo hacer dándole continuidad a una etnografía de larga duración, aplicando observación participativa y entrevistas a profundidad en personajes que tuve la fortuna de conocer cuando viví en este barrio y que pese a su precariedad económica y el incremento de la violencia en la ciudad, sobreviven. Al analizar en sus trayectorias y testimonios de vida podemos retratar en primera

¹ Para tener acceso al libro véase el siguiente enlace: ["Esto es el boro". Vidas en la periferia | Fondo Editorial ICANH](#)

² Siendo fiel al estilo de la escritura etnográfica y a modo de advertencia, los lectores se encontrarán en este documento con una narrativa mayoritariamente elaborada en la primera persona del plural.

persona los cambios estructurales que me interesan reflexionar y profundizar respecto a la cultura criminal que se desarrolla en las periferias de Cartagena.

Luego de convivir con la vida cotidiana de estos jóvenes, experimentar de cerca la violencia de las pandillas, compartir con sus participantes, contrincantes, detractores, víctimas o victimarios, me surgió la siguiente pregunta: ¿es posible pensar esta forma de violencia como una forma de exterminio o genocidio? La llave teórica que previamente implemento para analizar este escenario lo amparo en lo que Achille Mbembe atribuye como necropolítica (2019). Por otro lado, el continuum histórico de una cultura del terror (Taussig, 1987), remanente de un espacio que hizo alusión al mismo en el periodo de la masacre de la casa grande, pero que, además ilustra las condiciones extremas en las que una población es sometida a la tortura, a lógicas de poder y formas de violencia que trascienden las jurisdicciones legales del orden del estado nación. Durante el extenso trabajo de campo realizado entre 2014 a 2017 exploraba un contexto y un territorio virgen en términos etnográficos, algunos estudios sobre violencia urbana en la ciudad³ mencionaban la problemática de las pandillas y algunas otras ciudades de la región Caribe se han detenido a estudiar el fenómeno paramilitar, y las emergentes organizaciones criminales⁴.

No obstante, la perspectiva etnográfica sobre el desarrollo que han tenido estas formas de acción criminal en las periferias aún tiende a ser escasos. El cómo se integra esta política criminal, sus actores, alcance, métodos, estrategias, empleo de armamento, sus alianzas sociopolíticas e institucionales son algunas de las interrogantes que desde la observación participativa y la descripción densa que presta el enfoque etnográfico, se permite comprender desde la perspectiva de los participantes, en adelante, subalternos, el engranaje de una política violenta y criminal precaria con una economía política del crimen organizado mucho más avanzada. Simbiosis letal.

³ Mencionaré algunos: Jiménez Martínez, A., & Pardo Gómez, J. (2017), Álvarez, W. (2016, 2023), Tovío Yépez, I., García Martínez, J. C., & González Farah, G. (2018), Sonja Marzi (2018).

⁴ Trejos, L. (2014, 2021, 2022, 2024)

La cooptación por parte de estas formas de crimen organizado avanzado sobre las frágiles vidas de los jóvenes en este tipo de periferias acrecienta los riesgos a los que las poblaciones vulnerables se exponen en comunidades y barrios empobrecidos o segregados históricamente, tal y como se representa en el caso de Olaya-Rafael Núñez. Los jóvenes siendo los más perjudicados. Décadas atrás se produjeron en Colombia asesinatos selectivos o aleatorios denominados limpieza social (Perea, 2015) o la mano negra. Victimarios encapuchados persiguiendo jóvenes “problemático”, entiéndase por esto lo que la teoría sociológica define como Outsiders (usuarios de drogas, activistas políticos, etc.).

Ilustración 1: Plano de la periferia.



Fuente: Cartagena cómo vamos.

Una forma de exterminio diseñada desde las instituciones legales y paralegales empeñadas a generar miedo, desmoralizar a los jóvenes para reconducirlos bajo los parámetros de su economía y psicología moral. Se le dice la mano negra porque estas formas de aniquilamiento estuvieron directa o indirectamente integradas por agentes estatales, paramilitares, delincuencia común, incluso gremios económicos minoritarios. El otro, el sospechoso, el joven, potencial delincuente. Los efectos de la doctrina del enemigo interno que desde los años 80 y 90 se mantuvo como política doctrinaria e ideológica en las instituciones de seguridad colombianas trascendió hacia las periferias, llegando incluso a instrumentalizar a los jóvenes como mercancía, fetiche y lucro, escándalo nacional llamado falsos positivos. Vidas desprovistas de valor social y humano. Víctimas de Estado, Víctimas de una economía política. El Estado en su mimesis de máquina de guerra (Mbembe, 2019) contra su población, la consagración del necropoder en su versión cognitiva. Hay autores que llaman a esto capitalismo gore (Valencia, 2010), pero más se parece a una pornografía de la violencia debido a su elevado nivel de consumo, a la extrema banalidad que expresa el perpetrador frente a la vida del perpetrado y no tanto la exhibición de la muerte como trofeo de guerra, instrumento de poder, de perverso psicoterror. A diferencia del espectáculo de la crueldad que ensamblan los cárteles mexicanos en sus disputas territoriales urbanas.

El problema: ¿Y después de deis año...ahora qué?

Es cierto que la violencia tiene muchas aristas, desde aquella que resume en conjunto la que podemos considerar la base de todas: violencia estructural; o aquellas más cotidianas, verificables desde el sentido común: violencia interpersonal, doméstica, de género, violencia letal, homicidios. La masificación de todas estas no tiene precedentes desde la expansión del narcotráfico en Colombia. Desde la expansión, adopción, legitimación de esta economía, principalmente en las ciudades capitales del país, los jóvenes han participado como carne de cañón, instrumentos de guerra, víctimas y victimarios de los narcos, militares, policías, del sistema-mundo. La guerra contra las drogas iniciada con Reagan tan solo fue el inicio de un problema que aún hoy permea a la sociedad colombiana. El ascenso de esa economía como fuente de enriquecimiento en el mercado laboral del país marcó el inicio de una nueva utopía para los jóvenes que en la periferia experimentaban el difícil acceso al mundo del trabajo, al

creciente avance de políticas de ajuste estructural, apertura de mercado que precarizaría aún más el empleo. El ocaso de una era.

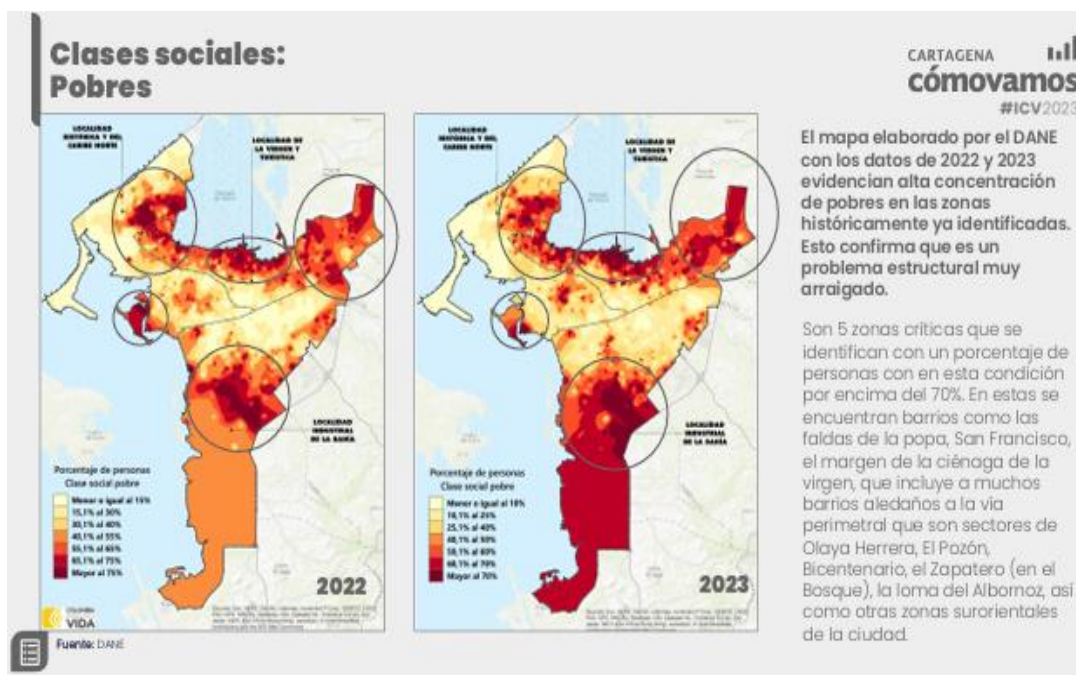
Víctor Gaviria retrató perfectamente este momento en su película *Rodrigo D no futuro*; visceral representación del desencanto de los jóvenes en la ciudad, la furia del canto punk consumida en un nihilismo sombrío que se divide entre el no dejarse matar para vivir o en el matar para vivir. Pero para aquellos a quienes no valía ninguna de las dos alternativas restaba una tercera vía, dramática o fatal, mientras algunos huyen, otros se auto exterminan. Como metáfora de un tiempo turbio, esta película nos adentra en la atmósfera urbana de una tensa y violenta Medellín en pleno auge y caída del capo del narcotráfico más icónico del mundo, su ambición al poder transformó el mercado global ilegal de cocaína a una escala sin precedentes, pero acosta de miles de jóvenes que como el personaje del filme convivio con este paisaje distópico hasta el hastío. El sueño se convertía en realidad, la realidad superaba la ficción. El famoso estribillo que da letra a su banda sonora reza así: “Dinero... Angustia... Dinero... Problemas... Sistemaaaaa”. Al final y sin salida el protagonista salta al vacío. Mientras escribo estas líneas, uno de los interlocutores (Mini Z) que hace parte de este trabajo huye de su muerte, sobre este personaje indagaré más adelante.

La experiencia de vida de estos jóvenes me lleva a pensar en dos categorías de análisis con lo cual abordar los aspectos políticos, históricos, materiales que han precedido a su sociogénesis. Por un lado, la clásica perspectiva Foucaultiana sobre el biopoder y la biopolítica nos ofrece una interpretación estructural sobre como el Estado se ocupa en administrar, construir estilos de vida para su población. Sin embargo, la cobertura en administración de poblaciones en Estado-Nación post-coloniales ha representado frágiles resultados que aún se pueden observar en diferentes conflictos y manifestaciones sociales que demandan acceso, respeto a derechos ciudadanos y humanos, además de una mayor presencia del Estado en su versión institucional, legalista y benefactora. En síntesis, el ideal occidental del Estado absoluto.

Por otro lado, y en contra posición al anterior autor, Achile Mbembe ofrece una lectura sobre la configuración de Estado que sintetiza a modo de máquina de guerra. Una forma de artefacto operativo que antes de administrar la vida, tiende hacia una dimensión administrativa de la muerte, destruir habitar y pueblos, en otras palabras: la necropolítica. Su locus de enunciación, situado en el África y devenido de un contexto poscolonial fundamenta en el autor una perspectiva sobre los alcances y límites del poder estatal, lo público, lo privado que trascienden lo soberano en la lógica del Estado, subsumiendo sus intereses en relaciones globales de poder. En síntesis, las grandes asimetrías que generan las repercusiones del capitalismo periférico y dependiente en la formación de los estados postcoloniales.

Con este texto destaco la importancia que para mí estudio tienen ambas categorías, debido a que éstas sitúan una narrativa mucho más compleja en la historia de nuestra sociedad contemporánea, en especial para el sur global. La finalidad de cualquier Estado se reduce al cuidado de su población, la defensa de su territorio, de tal modo, la idea empleada para desarrollar este fin merece una detallada atención porque de esto depende su desarrollo, de la figura que implica el ciudadano, gestionar el bienestar de una población, de una generación. ¿Será esta la razón del aumento de la violencia de los últimos 5 años en las periferias de Cartagena? En gran parte sí y esto lo pude demostrar en anteriores estudios, no obstante, me surgen otras preguntas que también merecen ser respondidas con mayor detalle, por ejemplo: ¿de qué modo la necropolítica está interpelando la vida los jóvenes en las periferias? ¿de qué otras formas el necropoder se operativiza en la vida cotidiana de los jóvenes afrocolombianos?

Ilustración 2: Mapa diferencias de pobreza y clases sociales Cartagena.



Fuente: Cartagena cómo vamos

Cuando realicé la investigación que dio como resultado “Esto es el boro” (2023) la violencia más común que se vivía en la periferia estaba asociada a guerras territoriales entre pandillas, o a lo que opté por denominar “el boro” en el caso de Cartagena; una forma de violencia juvenil caótica, desarticulada y carente de una política criminal más allá de los explosivos conflictos que se generaban en torno a disputas simbólicas territoriales, diferencias interpersonales, performáticas masculinas violentas, en otras palabras, una forma de economía moral de la multitud (1989), pero sin un componente político contestatario ni revolucionario, sino más bien orientado hacia la revuelta social, espontánea y eficiente cuando esta era articulada hacia un fin colectivo. La acumulación del tiempo de ocio, la falta de horizontes existenciales, el precario soporte social e institucional del gobierno local componen una red de elementos estructurales que agravaban y movilizaban la dinámica necropolítica en las periferias, y por consecuencia, en la adaptación y actualización de otras formas de violencia letal o de exterminio. ¿Dónde se sitúan estos muertos, quiénes son las víctimas, sus muertes importan? Mi objetivo con este trabajo más que responder a estas preguntas pretende abrir interrogantes, rutas sociológicas o/y antropológicas que indaguen

sobre lo que una corriente académica latinoamericana denomina juvenicidios (Valenzuela Arce, 2015), pero a lo que yo me atrevo a interpretar hipotéticamente como afrojuvenicidio.

Método: Tejiendo narrativas de otras formas

Retomar el trabajo de campo, volver a ese lugar, interactuar con las personas que participaron en un proceso de investigación son claves para comprender situadamente las transformaciones socioculturales que logra experimentar un territorio en un transcurso un periodo de tiempo. Cada sociedad responde a sus propias lógicas, son dinámicas, se adaptan a circunstancia exógenas y endógenas porque estas responden a sistemas de administración de población, gobierno y/o gubernamentales (Guerrero, 2010; Foucault, 2006). Figuras poliédricas difícil de predecir o definir pero que ejercen poder mas no dominación.

Mi primera inmersión en las periferias de Cartagena fue en diciembre de 2013, pero en estricto censo, inicié el seguimiento y el estudio constante sobre este lugar desde 2014 hasta 2018, luego de este tiempo emprendí otros proyectos etnográficos en otras ciudades. Finalmente, en 2024, justo diez años después vuelvo al barrio Olaya/Rafael Núñez con ojos de investigador y con preguntas por responder. Uno de mis interlocutores principales se llama Martin, él se ha mantenido en este barrio desde que lo conozco debido a que vive ahí con su familia, ejerce como pastor evangélico en su propia casa, a su vez que líder comunitario, con el resto de mis conocidos perdí el contacto. Algunos se han mudado del barrio en búsqueda de un mejor bienestar, otros se han visto obligados a esconderse o huir de la justicia, uno que otro ha muerto, de algunos otros no se sabe nada porque no hay forma de comunicarse con ellos. Se trata de vidas precarias y precarizadas al extremo, vidas en riesgo, vidas que se arriesgan, vida que sobreviven en los márgenes.

Desde el mes de junio a principios de agosto mantuve un contacto regular con Martín, a su modo, me actualizó sobre sus recientes proyectos comunitarios, se notaba un cierto cambio en las condiciones materiales del barrio, mejoría en las casas de sus vecinos, incluso en la suya, la cual conocí en obra negra, pero ese ya no era el caso, el ascenso material y demográfico que experimentó su familia era notable. Recientemente, su hija mayor había sido madre por tercera vez, mientras a su hija menor le faltan pocos años por terminar la

carrera de medicina, y, además te tener una iglesia dotada con instrumentos musicales de alta calidad, en un barrio vecino había fundado otra sucursal de su iglesia, representando lo que algunos académicos denominan a este fenómeno como un caso exitoso de un emprendedor de la fe.

Debo hacer mención sobre este ascenso de estatus social porque durante mis primeros encuentros, o, durante mi primera etapa de observación participativa en el barrio su narrativa discursiva se enfocaba principalmente en el problema en la vida de los jóvenes y en las diversas formas de violencia que se experimentaban en la comunidad. Ejercía un fuerte liderazgo comunitario, participaba en la toma de decisión de la Junta de Acción Comunal, de algún modo buscando atraer a los jóvenes hacia un despertar espiritual. Su posición socio política en el territorio puede entenderse como la de un intelectual orgánico debido a la eficacia simbólica de su agencia en la organización para el cambio, por otro lado y en mis palabras, un etnógrafo orgánico, esto debido a su intuitiva capacidad descriptiva de las condiciones socioespaciales de su territorio, capacidad de interpretación y síntesis teleológica.

Más allá de comprender las diferentes formas de violencia manifestada por los jóvenes desde una matriz estructural, para él los factores desencadenantes de estos hechos comprendían lo espiritual y lo emocional. Su autoridad en el tema lo convertía en un referente importante, un respaldo de confianza. Sin embargo, en los últimos años su salud deterioró y sus intereses han tendido a trascender del activismo comunitario hacia relaciones políticas institucionales, incluso corporativas. Alentado por capitalizar la organización religiosa que precede, su capital cultural, político, simbólico; su activismo por la vida de los jóvenes y atención a los reclamos sociales comunitarios han pasado a situarse en un segundo plano. ¿Narrativas estratégicas, intereses económicos, omisión de información? Cualquiera que sea su intención hace parte de su agencia como un actor subalterno que juega con las oportunidades que se le presentan, y yo como observador debo estar atento, consciente de este flujo de información, a su vez que a las performáticas estrategias de supervivencia que emplean estos individuos en condiciones precarias, frente a sujetos que como yo representan una oportunidad para ganar algo.

Las relaciones sociales que se despliegan durante el trabajo etnográfico también son relaciones de intercambio, por lo tanto, se hace necesario, crítico y autorreflexivo apuntar que mi posición en el campo ejerce una asimétrica posición de poder, un efecto de sentido e interpretación simbólica y subjetiva que demarca nuevos elementos a considerar y poner en juego sobre la mesa. No se puede ser inocente frente a estas desiguales condiciones de vida. Hace 10 años yo era otra persona, ellos también, pero a diferencia mía ellos se están jugando la vida todos los días. La mayor parte de la información que he recibido en los últimos meses durante mi trabajo de campo ha sido borrada por mi interlocutor a medida que él respondía a mis requisitos, porque no soy yo quien circula y/o habita al barrio en búsqueda de los personajes en quienes me interesa volver sobre sus vidas, sino otro, pero sobre este aspecto ahondaré próximamente.

Para efectos de validación aproximada de la información obtenida y empleada para la ejecución de este texto, he realizado una triangulación analítica sobre las narrativas, testimonios y relatos contrastado con las trayectorias de vida que estos personajes me dieron años antes, esto con la finalidad de confrontar las posibles formas de manipulación, vacíos de información o narrativas estratégicas a la que acuden estos personajes en su vida cotidiana. La participación observante es una técnica de investigación situada en el campo que resulta ser de grande aliado, la memoria situacional que genera la descripción densa de la labor etnográfica en el cuerpo permite a los observados leer al observante, al mismo tiempo que le permite al observante leer a los otros de forma autorreflexiva, despierta.

Martín me negaba los cambios abruptos que a nivel de seguridad estaba librando el barrio. Jeison me hablaba a medias sobre su participación en hechos criminales, Mini Z me negaba detalles de su trayectoria en el mundo del crimen y de las razones por las que se vio obligado a desplazarse hacia el golfo del Urabá. Cada una de sus trayectorias de vida, relatos y testimonios ofrecen perspectivas de análisis interseccionales, en las cuales, las diferencias generacionales, étnicas, de género, de clase o movilidad social tienen a exponer grandes diferencias sin importar de que se trate del mismo territorio. Con una diferencia media de 20 años entre cada uno de estos personajes, la brecha generacional es notable, desde el modo en que se asciende socioeconómicamente, porque incluso en las periferias se producen

estratificaciones, como también en los ajustes estructurales que llevan una generación de jóvenes hombres a inclinarse al mundo del crimen en respuesta al decrecimiento del empleo.

Pese a que haya intentado hacer esfuerzos notables por incluir en mis trabajos previos una perspectiva de género que incluyera lo femenino, la naturaleza del problema que me compete analizar sobre la violencia urbana y mi aproximación a este fenómeno me lleva a situarme con especial énfasis en los jóvenes por dos razones. Uno es a nivel de enfoque cualitativo; la etnografía de larga duración me ha ayudado a registrar la trayectoria de estos personajes, analizar en detalle la forma en que las dinámicas socio económicas y estructurales que se generan en Colombia y la ciudad de Cartagena repercuten en su vida cotidiana, como, por ejemplo: en pertenecer al mundo del crimen. El otro aspecto es a nivel cuantitativo; las cifras estadísticas sobre homicidios durante el periodo 2018-2023 muestran que, la mayoría de las víctimas tienden a ser jóvenes hombres afrodescendientes. Por este motivo, para este estudio haré uso de datos estadísticos con lo cual sustentar mi hipótesis.

Del mismo modo, haré uso de la fotografía como una forma de testimonio visual para dar rostro a los personajes que han participado en mi proceso de investigación desde los últimos diez años. Estas imágenes relatan un pasado y un presente sobre sus vidas, una antropología que visualiza sus transformaciones en el tiempo, cicatrices sobre hechos que se incorpora en sus cuerpos, que van tejiendo una serie de acontecimientos que complementan los silencios que callan en sus testimonios o historias de vida. Los retratos que he tomado de ellos y las selfis que componen este texto han sido consentidas, ellos son conscientes del valor de mi esfuerzo por reflejar una imagen que dignifique sus vidas, trabajamos cooperativa y cuidadosamente para representar lo que ellos permiten y consideran que sobre si mismos debe ser expuesto a otros, especialmente cuando se busca interpretar las lógicas violentas, criminales e ilegales que emergen de las periferias urbanas de Cartagena y el Caribe colombiano.

La estructura temática de este texto busca ser simple, tiene la intención de articular narrativas anteriormente exploradas para proseguir con el análisis de un continuum histórico y socioantropológicos. No se trata únicamente de retomar procesos, sino tender puentes

epistémicos y empíricos que puedan dar luces sobre una realidad situada, pero que su vez logre reflejar tendencias o realidades compartidas en otras latitudes el país y la región Latinoamericana y del Caribe. Por este motivo, dividiré este texto en subcapítulos, con lo cual el lector pueda comprender mi intención enunciativa. Primero una introducción que sitúe el contexto del problema, sus objetivos y claro está, el método. Seguido, se señalarán aspectos importantes como lo es la transformación de las pandillas, el juvenicidio, aspectos estadísticos, mi propuesta de interpretación y para finalizar unas conclusiones.

Trayectorias visuales, retratos de la periferia

Más allá de los datos cuantitativos que arrojan las estadísticas, existe una antropología viva que se construye en torno a las personas que dan vida a estos números. Son historias de carne y hueso que permiten explorar, desde una perspectiva etnovisual, la cotidianidad de los jóvenes, su relación con el espacio comunitario y la ciudad. En este contexto conocí a los hermanos Leonardo y Roberto gracias al pastor Martín, quien los presentó como expandilleros y personas confiables para hablar sobre el problema de las pandillas en el barrio. Ambos habían formado parte de estos grupos durante su adolescencia. Para el año 2014, rondaban los 28 y 30 años, siendo casi contemporáneos conmigo. En ese momento se dedicaban a robar apartamentos en la ciudad.

A diferencia de los jóvenes que seguían involucrados en enfrentamientos pandilleros, Leonardo y Roberto "volaban alto". Habían dejado atrás las riñas callejeras para especializarse en robos de gran cuantía, ejecutados a mano armada. Aunque trabajaban ocasionalmente para organizaciones criminales, lo hacían de forma independiente, cumpliendo tareas específicas como sicariato, extorsión e inteligencia criminal. Su trayectoria era heredera de un capital delictivo propagado desde las bases familiares, una herencia que marcaba su destino.

Roberto, el mayor de los dos, llegó a ser una promesa del béisbol. Durante su adolescencia, fue fichado por un equipo norteamericano con la opción de compra. Sin embargo, la oportunidad se convirtió en un desafío insostenible: no logró adaptarse al entorno extranjero y sufrió una lesión que truncó su carrera. Regresó al barrio sin muchas expectativas ni alternativas claras para su futuro. Hoy está preso, acusado de homicidio.

Por su parte, Leonardo prestó el servicio militar en su adolescencia con la intención de hacer carrera en las fuerzas armadas. Sin embargo, su carácter "indomable" y su resistencia a la disciplina militar lo llevaron a abandonar este camino. Padre de tres hijos, aún habita el barrio y mantiene un perfil bajo. Pero la sombra de su historia se perpetúa: uno de sus hijos, con apenas 16 años, trabaja como sicario para la nueva organización criminal que domina el barrio. Así se perpetúa un ciclo de violencia y exclusión, donde otra generación queda atrapada como "carne de cañón".

Ilustración 3: Personajes anónimos



Fuente: banco de imágenes propio

Ilustración 4: Personajes anónimos



Fuente: banco de imágenes propio

El “Monito” era otro joven a quien conocí durante mi trabajo de campo. Tenía fama de buen futbolista, pero también de ser consumidor de drogas duras. Su vida de supervivencia giraba en torno al hurto y los robos menores. En 2016, por un motivo no esclarecido, tuvo que abandonar el barrio. Según rumores, vive en un pueblo cercano. Anderson comparte una historia similar: fue absorbido por las bandas criminales del momento y, desde 2014 hasta la actualidad, se encuentra desaparecido.

Ilustración 5: Personajes anónimos



Fuente: banco de imágenes propio

Ilustración 6: Personajes anónimos



Fuente: banco de imágenes propio

Muchos de estos personajes llegaron a Cartagena desplazados por la violencia y la migración forzada. La periferia pobre de la ciudad no solo es el resultado de estos procesos, sino también un refugio temporal para quienes buscan desaparecer. En el barrio encontré exmiembros de milicias guerrilleras, paramilitares, disidentes, desertores o piezas clave en las dinámicas urbanas del crimen. A pesar de indagar en profundidad, no fue fácil obtener información sobre sus filiaciones ideológicas, políticas o partidarias dentro del mundo delictivo. Para ellos, lo esencial es sobrevivir. Ser útil resulta más importante que pensar en las consecuencias futuras. Fredy, quien formó parte del ELN en el sur de Bolívar, desapareció sin dejar rastro. Candela, en cambio, continuó con su rutina incluso después de la muerte de su hijo: consume pasta base (basuco), comete hurtos menores y, recientemente, trabaja como mototaxista. Siempre está donde hay dinero.

Ilustración 7: Personajes anónimos



Fuente: banco de imágenes propio

Ilustración 8: Personajes anónimos



Fuente: banco de imágenes propio

Paradójicamente, las dinámicas de violencia urbana producen formas alternas de justicia y gestión de la inseguridad. Durante mi trabajo de campo, documenté el caso de La Cívica, una organización autogestionada por jóvenes que en algún momento participaron en actividades ilegales o militares. Esta iniciativa logró reducir conflictos entre pandillas y actos delictivos en un sector del barrio. Sin embargo, sus métodos de ajuste de cuentas eran cuestionables. Operaron con el amparo (ilegal) de la policía hasta que uno de sus integrantes abusó de este respaldo, recurriendo a la violencia extrema y la tortura. Tras su desaparición, los demás miembros se reinventaron en actividades como limpiar vidrios, vigilar, trabajar en construcción, traficar drogas o participar en el crimen organizado.

Ilustración 9: Personajes anónimos



Fuente: banco de imágenes propio

Ilustración 10: Personajes anónimos



Fuente: banco de imágenes propio

Ilustración 11: Personajes anónimos



Fuente: banco de imágenes propio

Ilustración 12: Personajes anónimos



Fuente: banco de imágenes propio

Ilustración 13: Personajes anónimos



Fuente: banco de imágenes propio

Es posible que la reducción de los índices de violencia en Olaya- Rafael Núñez (ilustración 15) durante mi trabajo de campo se deba, en parte, al trabajo realizado por esta organización. También es probable que las víctimas de La Cívica no hayan denunciado por temor a represalias, considerando la connivencia entre estos actores paralegales y la policía. Este aspecto demuestra que, más allá de los datos estadísticos oficiales, persisten subregistros de formas de violencia aún no documentadas o políticamente omitidas.

Finalmente, me interesa explorar el sombrío escenario de transición generacional entre los jóvenes retratados y quienes crecieron observando sus acciones. En 2014, vi a decenas de niños involucrados en conflictos entre sectores del barrio: peleaban a golpes o arrojaban piedras. Estos niños imitaban lo que observaban en sus mayores. Sin embargo, existe un punto de ruptura: los jóvenes que documenté vivieron en un contexto menos influido por el microtráfico que la ciudad experimenta actualmente. Diez años después, esos niños son ahora adultos. ¿Serán ellos los nuevos partícipes en el aumento de homicidios y el reordenamiento del crimen en Cartagena?

Finalmente, con estas fotografías me interesa explorar el sombrío escenario de transición generacional entre los jóvenes retratados y quienes crecieron observando sus acciones. En 2014, vi a decenas de niños involucrados en conflictos entre sectores del barrio: peleaban a golpes o arrojaban piedras. Estos niños imitaban lo que observaban en sus mayores. Sin embargo, existe un punto de ruptura: los jóvenes que documenté vivieron en un contexto menos influido por el microtráfico que la ciudad experimenta actualmente. Diez años después, esos niños son ahora adultos. ¿Serán ellos los nuevos partícipes en el aumento de homicidios y el reordenamiento del crimen en Cartagena?

Ilustración 14: Personajes anónimos



Fuente: banco de imágenes propio

De pandillas, bandas y crimen organizado

De regreso en el barrio, en las periferias, me pregunto cuándo ha cambiado la situación de la violencia, de sus principales actores. Entre 2014 a 2018 era común presenciar casi todos los días enfrentamientos entre jóvenes de diferentes sectores de la localidad en zonas fronterizas, pero, la situación ha cambiado y me esto me lleva a preguntar lo siguiente, ¿las pandillas han llegado a su fin en Cartagena? En una perspectiva macro se podría decir que sí, pero desde mirada desde abajo las dinámicas violentas de estas han adquirido otros matices, debido a la incorporación, o, al avance en el desarrollo del mundo del crimen en el Caribe. No obstante, para proseguir indignado sobre los cambios que ha venido presentando este fenómeno en los últimos años debo aclarar dos conceptos.

El primero de estos tiene relación con la definición de pandilla, en estricto sensu esta denominación obedece más a un uso semántico identitario que a una representación fidedigna de su clásico significado, y lo más importe, de su puesta en escena en determinado contexto social urbano. Durante mi trabajo de campo me fue muy usual encontrar estas formas de adscripción identitaria, imitación o performance, la fuente más próxima de significado los jóvenes lo hallaban en la televisión, Facebook y otras redes sociales. Un consumo de signos, imágenes y narrativas que agregaban sentido a sus vidas, en alguna medida próxima a sus vivencias o condiciones de vida, como por ejemplo pertenecer a una periferia urbana, ser pobre o afrodescendiente.

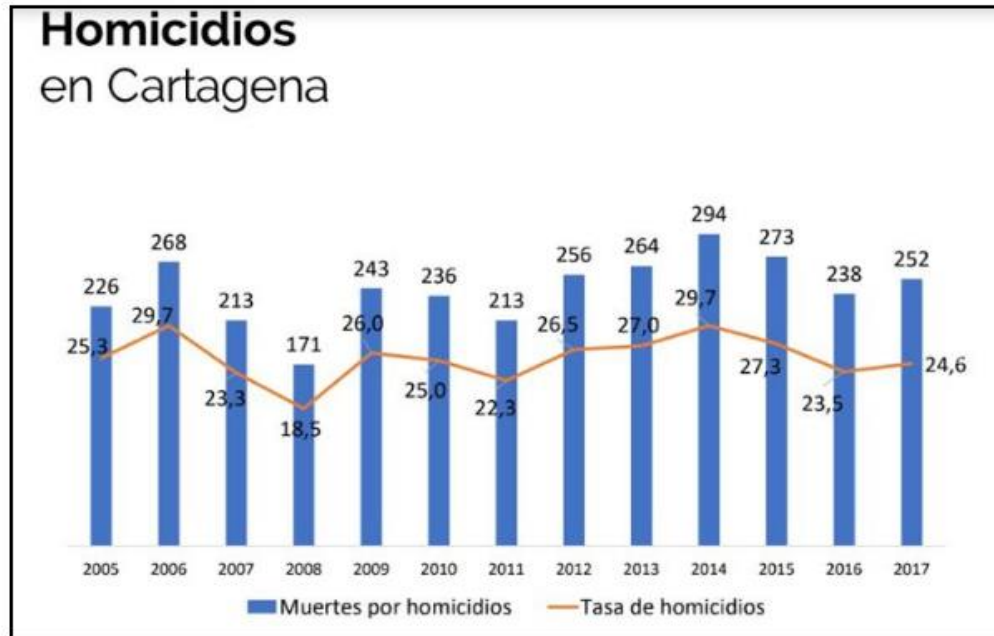
Sin embargo, la diferencia entre consumo cultural de signos masivos versus su adaptación en contextos produce lo que yo denomino una disforia sociológica, porque se romantiza la violencia, su práctica, simbolismo e identidad, pero no se mide el alcance de sus hechos en la producción de sentido en sus vidas. Por este motivo me fue común encontrar arrepentimiento en personas que, como Mini Z, deben mantenerse en constante movimiento para salvar su vida. – Amigo, yo quiero cambiar, ayúdeme -, me repitió varias veces él en un primer encuentro virtual, luego me comentó que se había vuelto padre. Suele ser recurrente que en esta clase de sucesos vitales los jóvenes reconsideren el valor de su existencia, fue la constante en los expandilleros que conocí durante mi trabajo de campo y en aquellos otros

que usualmente pasaban sus días confrontándose a puños, piedras o tiros con enemigos vecinos, lo que en otras palabras se resume a lo que yo interpreto basándome en mis interlocutores como el boro.

La acción que ejecuta el boro se puede traducir como una economía moral de las multitudes (Thopsons, 1989), radicalmente opuesto al actuar de una pandilla o banda criminal organizada. Esto sucede debido a un factor clave, la economía política del boro es frágil en relación con las otras formas de organización criminal o ilegal, responde más hacia intereses o liderazgos particulares que pretenden representar un tejido comunitario; su alcance material también es limitado por razones muy obvias, el aparato armado y económico que los respalda se restringe a elementos muy básicos como: chichillos, navajas, armas fabricadas artesanalmente; tampoco hay mucho que esperar sobre sus finanzas, pírricos ingresos derivados del microtráfico. Una forma de violencia explosiva que responde y resiste como puede a las provocaciones in/fundadas de esos otros (enemigos), buscan infundir poder, respeto, fuerza, pero también expone la furia y frustración de cientos de jóvenes que no encuentran otras maneras de canalizar sus anhelos de vida, el tiempo de ocio, ni sus recursos materiales más allá de las murallas raciales y estructurales que produce habitar las periferias urbanas en la ciudad de Cartagena.

En mis últimas visitas al barrio Olaya-Rafael Núñez la frecuencia de estas acciones era casi que esporádica según lo expresado por mis interlocutores claves. Para Jeison las razones de este cambio eran claras, los formas de violencia, conflictos, delincuencia que al momento de realizar mi trabajo de campo años atrás se expresaba de modo caótica o desarticulado, después del 2018 inician a dar un giro hacia estructuras de poder más sofisticadas, en otras palabras, la entrada en vigor de una gobernanza criminal legítima y con una economía política determinada en controlar territorio para fines de expansión de sus economía ilegal, y para estos fines hace falta capital humano, en otras palabras: jóvenes con ansias de poder y dinero. La máquina de terror encontró su combustible, las estadísticas lo demuestran:

Ilustración 15: Estadística homicidios Cartagena 2005-2017.



Fuente: Cartagena cómo vamos.

Ilustración 16: Estadística homicidios Cartagena 2015-2020.



Fuente: Cartagena cómo vamos.

El periodo en el cual sitúo el primer periodo de mi investigación etnográfica inicia en el 2014 y lo cierro en el año 2018. Durante este tiempo se puede observar que los homicidios se mantuvieron por encima de los 230 casos, para una ciudad con la población de Cartagena esta tendencia demuestra ser alta. En este intervalo de tiempo no era claro cuál era la organización ilegal interesada en controlar ese territorio, ni siquiera para los mismos habitantes del barrio, ni para los pandilleros ni expandilleros. Actores privados fungían como autoridades paraestatales cuando sus intereses privados se veían afectados: comerciantes minoritarios o mayoritarios. La mayoría de estos negocios pertenecientes a personas de otras regiones de país. Según mis interlocutores, eran ellos los responsables de crear temor, represalias, incluso muerte en Olaya-Rafael Núñez.

Y si bien estos sujetos representaban una forma de terror en el territorio, sus intereses no iban más allá de casos aislados de violencia, incluso uno de los principales protagonistas de “Esto es el boro” sentenció con una frase la condición de la cultura criminal que se experimentaba en el barrio, - ¡Aquí no hay gente dura! -. Y con gente dura se refieren a copos de la mafia y ejércitos de la muerte fuertemente organizados, en otras palabras, bandas y crimen organizado. El ejemplo más cercano al que ellos hacen referencia son los grupos paramilitares, organizaciones ilegales ligadas al narcotráfico, en especial, aquellas provenientes del centro de Colombia, territorios y ciudades conocidas por su tradición mafiosa.

El eslogan de Martin con el cual resumía las escenas de violencia entre jóvenes, - Se matan porque si- ya no tiene razón de ser porque los intereses materiales y políticos de un nuevo orden criminal comenzó a gestarse después de los acuerdos de paz en las periferias urbanas pobres del Caribe. Si bien en el 2018 los homicidios presentan una leve tendencia hacia la baja en contraste con los anteriores años, para 2019 el incremento del mismos inicia su ascenso. Según lo narrado por Jeison, los jóvenes que conformaban el boro empiezan a ser reclutados de modo sigiloso por lo que yo denomino eslabones urbanos del crimen organizado.

Estos eslabones funcionan como dispositivos de poder que colonizan territorios con potencial económico para expandir sus rentas ilegales. Si para antes del 2018 la presencia de organizaciones criminales aún no era clara, la aparición repentina de personas reclutando jóvenes con cualidades de liderazgo, temerarios, marginalizados y con tendencia al mundo del crimen empieza a dar forma a la composición de bandas armadas organizadas, en otras palabras, dotar a jóvenes con armas de fuego y un salario mensual, criminales a sueldo. A partir de este momento toma forma una praxis organizativa más avanzada, una economía política con directrices establecidas por una organización ilegal de alcance nacional. En el caso de Olaya- Rafael Núñez, afirma Jeison, - Se trata del clan del golfo-.

Este aspecto me lleva a concluir junto con otros estudios que la violencia urbana en Colombia transita hacia otro paradigma después de la firma de los acuerdos de paz. En el documento "Violencia y construcción de paz en las ciudades colombianas" (2023) se mencionan aspectos importantes sobre estos hechos, por ejemplo en los actores violentos. La autora del estudio menciona que, en los años 90, las estructuras mafiosas y las pandillas dominaban los escenarios urbanos, especialmente en ciudades como Medellín. En décadas posteriores, emergieron nuevas formas de criminalidad asociadas a economías ilegales (como microtráfico y extorsión) y disputas territoriales entre actores criminales. La desmovilización de los grupos paramilitares (posterior al proceso de paz de 2005) no eliminó la violencia, sino que permitió el surgimiento de nuevas estructuras, conocidas como BACRIM (bandas criminales).

Las tendencias de la violencia letal en las ciudades colombianas durante el período 1990-2019 son objeto de análisis detallado en el documento. Uno de estos aspectos a considerar es la relación entre violencia urbana y desigualdad, el análisis realizado por la autora sobre este fenómeno resalta cómo la violencia letal está profundamente conectada con las desigualdades socioeconómicas y la marginalización en contextos urbanos. Las periferias urbanas, que concentran a poblaciones desplazadas y excluidas, son los principales escenarios de homicidios. La falta de oportunidades laborales y educativas para jóvenes en estas áreas incrementa su vulnerabilidad y los convierte en el principal objetivo de reclutamiento por parte de estructuras criminales.

Otro elemento clave son las Nuevas dinámicas criminales después del Acuerdo de Paz de 2016. Tras el Acuerdo de Paz entre el gobierno colombiano y las FARC, muchas ciudades experimentaron un aumento en la violencia urbana debido a: la disputa por territorios previamente controlados por las FARC entre grupos armados ilegales, incluyendo el ELN, disidencias y BACRIM. La reconfiguración del narcotráfico y su expansión en zonas urbanas, tal y como he descrito sobre el caso de Cartagena. Este fenómeno se observó con mayor intensidad en ciudades portuarias como Buenaventura, donde el control de rutas del narcotráfico generó picos de violencia. Las estadísticas muestran que los hombres jóvenes, particularmente en edades entre 18 y 30 años, representan la mayoría de las víctimas de homicidios urbanos. Las mujeres, aunque en menor proporción, son afectadas principalmente por formas de violencia de género y feminicidios, los cuales tienden a ser invisibilizados en los análisis generales de homicidios.

Este estudio concluye que durante el período 1990-2019 muestra que la violencia letal en las ciudades colombianas no es uniforme, sino que refleja una interacción compleja entre dinámicas criminales, políticas públicas y desigualdades estructurales. La transformación de los actores violentos, la persistencia de disputas territoriales y los efectos del narcotráfico han mantenido altos niveles de violencia en ciertas áreas, mientras que las intervenciones focalizadas en algunas ciudades han logrado mitigar el problema. Esto subraya la necesidad de un enfoque integral para abordar la violencia urbana en Colombia, que combine seguridad, justicia social y construcción de paz.

De pandillero, sicario a contrabandista de inmigrantes en el tapón de El Darién

A Mini Z lo conocí con 13 años, solía encontrármelo todos los días en la calle liderando a un grupo de jóvenes que se peleaban con piedras y puños contra las pandillas de otros sectores, obedeciendo las ordenes, aprendiendo de los jóvenes adultos que retrato en este estudio. Hoy tiene 21 años y huye por su vida. Dar con él ha sido casi imposible, pero la suerte o los recientes acontecimientos geopolíticos en la región confluyeron para volvernos

a encontrar en Cartagena. Su rostro y expresiones alegres no habían cambiado mucho, pero a éstas se les sumaban también algo de angustia y paranoia. Una semana antes de contactarlo por primera vez él había sufrido un atentado mientras volvía a su casa, el piloto de la moto recibió un disparo en su brazo derecho.

Mini Z corre peligro, él es consciente de esa situación y por esa razón busca desesperadamente volver al lugar donde cinco años atrás fue a parar huyéndole a la persecución, y a las amenazas de muerte que una banda organizada en el barrio puso contra su cabeza. A los 16 años pasó de dar “trompadas” en las calles a empuñar un revólver como sicario a sueldo de una banda organizada. Entre el año 2017 y 2018 se empiezan a redefinir el mapa de poder de las BACRIM en el Caribe colombiano y en las periferias de Cartagena, esto debido al desvanecimiento de estructuras criminales de mayor alcance ligadas con el narcoparamilitarismo, como lo fueron: Los Rastrojos, Los Urabeños, Águilas Negras, Los Paisas.

Al analizar y comparar las estadísticas sobre homicidios que se observan en las ilustraciones: 15, 16, 18, resulta obvio encontrar drásticos cambios desde el año 2019. Antes de la firma de los acuerdos de paz con las FARC-EP hubo años en que las cifras de homicidios se redujeron significativamente. La política de seguridad nacional o local pueden incidir ampliamente en la variabilidad de estas tendencias. A nivel nacional los índices más bajos de homicidios se dieron bajo el régimen de la seguridad democrática, periodo en el que fuerzas clandestinas ligado al paramilitarismo adquirieron mayor fuerza y respaldo de la fuerza pública.

Este tipo de tendencia me resulta importante resaltar para comprar y analizare cómo las políticas de gobierno se ven representadas en las bases sociales. En los últimos 20 años Cartagena ha contado con trece alcaldes, esta inestabilidad político-administrativa repercute gravemente en los modelos de gestión sobre la seguridad ciudadana y el control sobre el crimen. Mi experiencia de campo así lo confirmó, el modo en que observé a las fuerzas de seguridad estatales negociando con cabecillas o líderes de bandas criminales en las periferias definía su no-intervención sobre el terreno. Por este motivo, pensar entre líneas las

fluctuaciones estadísticas de los homicidios, además de representar un hecho político nos lleva a pensar sociológicamente en las relaciones de poder que las configuran.

La definición de gobernanza criminal ofrecida por Feldman y Luna (2022) como "la creación de un orden paralelo basado en la imposición de reglas sobre el comportamiento ciudadano por parte de organizaciones criminales, a menudo con colaboración de agentes estatales", proporciona un marco analítico robusto para entender cómo operan las organizaciones criminales en territorios específicos. Este concepto implica una visión que trasciende la violencia directa y considera la capacidad de estos grupos para establecer sistemas de control social, político y económico.

El ascenso y la instauración de este nuevo orden criminal originó un quiebre en la cultura callejera y violenta en las periferias, una política y economía política criminal se ha venido abriendo camino seduciendo a jóvenes que como Mini Z poco o nada tiene para perder en la vida; el ofrecimiento de un salario básico mensual, un revolver, a veces una moto y obedecer órdenes bastaría para sentenciar un nuevo ritmo de vida. Desde su punto de vista "todo está muy loco en el barrio", afirma él.

William: ¿Por qué?

Mini Z: Aquí te sale cualquiera y te dice hey... Te lo pegan (un tiro) sin pensar. Los pelaitos (niños) que tu viste conmigo antes, hoy en día te ven y te sacan un revolver... Te mostrean. (adjetivo de monstruo)

William: ¿Qué ha pasado con el boro durante los últimos años?

Mini Z: Ese boro que tu conociste ya dejó de existir, muchos están presos, otros muertos, más de uno corriendo también porque tiene sus vainitas, sus homicidios, su calentura.

William: ¿Desaparecido?

Mini Z: Hay gente que tomó rumbo sin regreso, hay amigos que andan en España, viviendo en pueblitos, gente que anda en la suya, que construyeron familia. Yo lo único que les digo es que se cuiden.

William: Pero... ¿se cuiden de quién?

Mini Z: No tiene sentido lo que está pasando, un ciclo sin salida. Hay unos quietos como tengo otros amigos traqueteando (negocio de drogas) o en la de ellos, yo lo único que les digo es que se cuiden, que no nos pisemos las mangueras.

William: Y según tú (pausa) ¿Qué organización está detrás de todo este ciclo de muerte?

Mini Z: En la periferia hay muchas bandas Will, tu no sabes para quién trabajo el uno o el otro, aquí es una vaina difícil.

William: Imagino que eso está sucediendo porque la mafia paisa está metida ahí.

Mini Z: Aquí en la costa ya esa gente no está, menos después de lo que le hicieron al Junior (equipo de futbol), aquí en la costa ya no gustan de ellos.

William: Disculpa que sea tan insistente, ¿Por qué se están matando, por qué tanto sicario?, ¿qué hay detrás de todo esto?

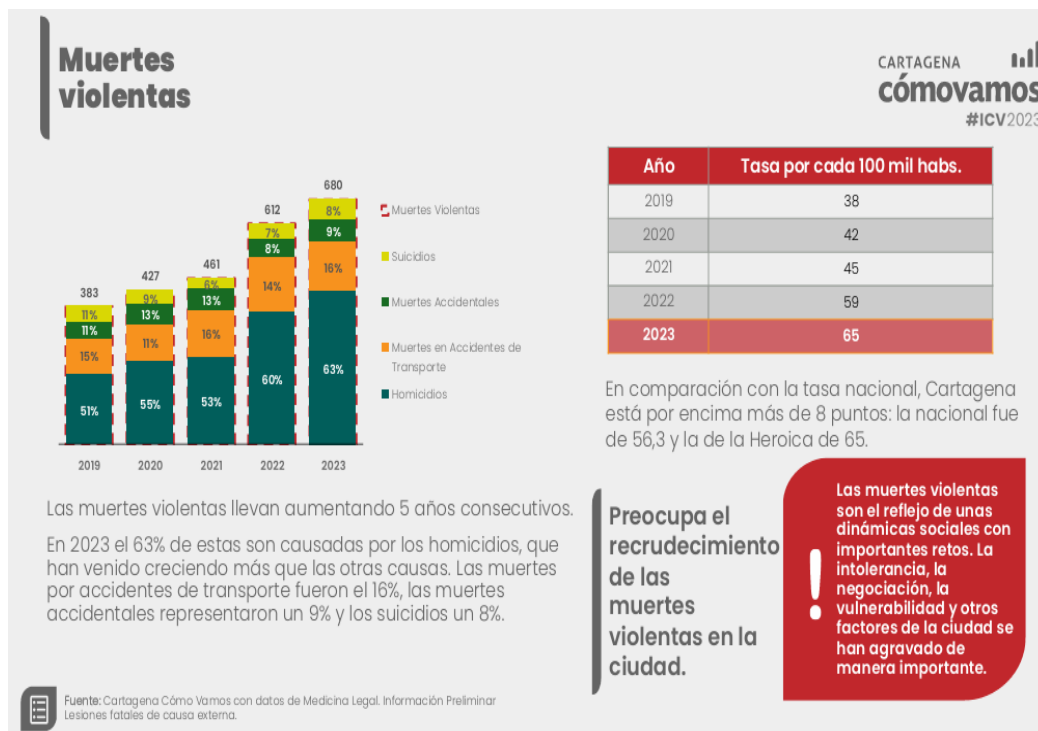
Mini Z: ¡Peleando plaza!

Existen aún pocos estudios que expliquen la procedencia y el incremento de las armas de fuego que se venden o trafican ilegalmente en la ciudad. Años atrás identifiqué este problema durante mi trabajo de campo, aunque el costo fuera elevado dar con un revolver en el mercado negro no era imposible, pero solo aquellos con ingresos o posiciones de poder lograban acceder más fácilmente con estas, en cambio ahora, según Mini Z “cualquiera te pega un tiro sin pensar”. Y esto está sucediendo porque las bandas criminales interesadas en posicionarse en el territorio acumulan excedente de capital y armas procedente de otros territorios, que sumado al excedente de jóvenes marginalizados y a la acumulación social de

la violencia presente en las periferias, se consolida el caldo de cultivo propicio para poner en marcha la economía de muerte que surge desde la necropolítica.

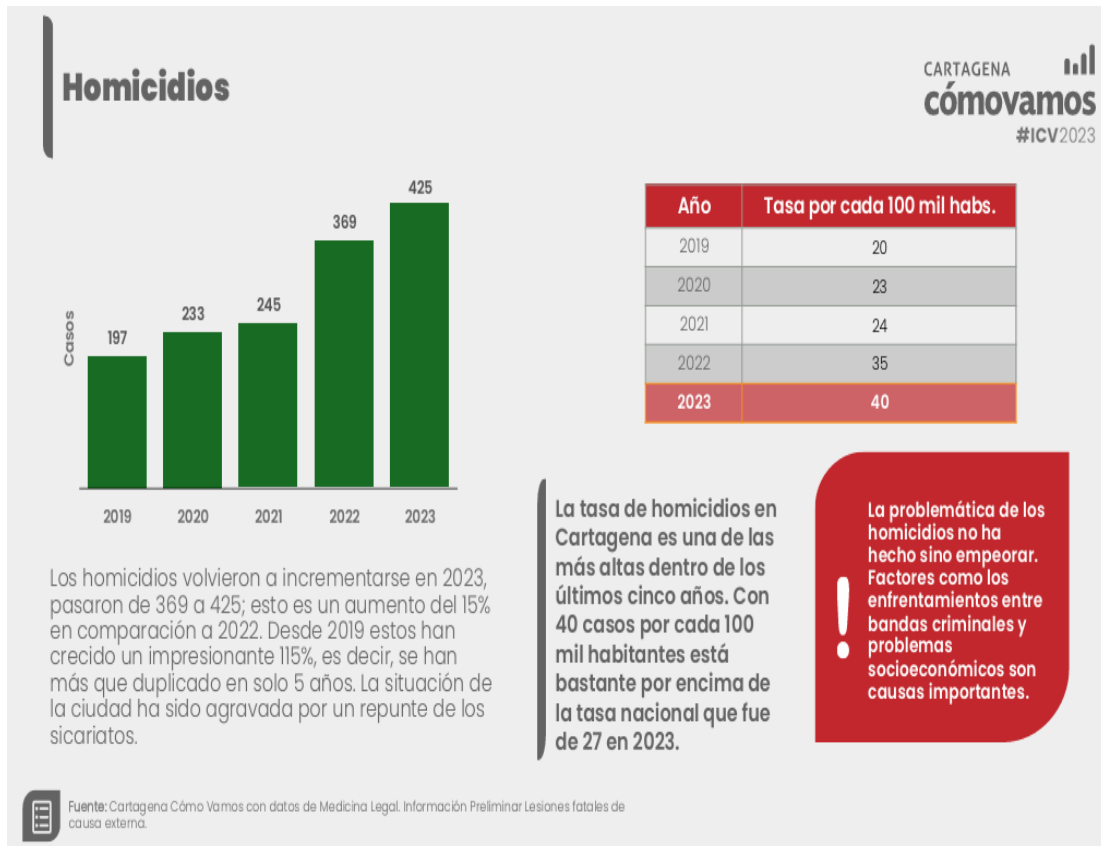
Un par de meses después de iniciada esta investigación y de escritura del texto, Mini Z pasó de estar escondido en una casa en Olaya-Rafael Núñez a mudarse a Necoclí, lugar en el que tiene pretensiones de quedarse un tiempo mientras prepara su viaje a los Estados Unidos atravesando la Selva de El Darién. Mientras esto sucede, junto con su pareja ha construido un pequeño negocio en la playa, sobrevive como puede; le han ofrecido traficar con cocaína, trabajar con organizaciones criminales de la zona, cuando la oportunidad se presenta contrabandea con inmigrantes, pero él ya está convenido de terminar con ese estilo de vida, -me siento arrepentido- concluye él luego de reflexionar sobre su vida.

Ilustración 17: Estadística muertes violentas 2019-2023.



Fuente: Cartagena cómo vamos.

Ilustración 18: Estadística homicidios Cartagena 2019-2023.



Fuente: Cartagena cómo vamos.

Hacia una interpretación conceptual sobre la muerte de los jóvenes en las periferias

Genocidio:

El genocidio, tal como lo define la Convención de las Naciones Unidas (1948), implica la intención deliberada de destruir total o parcialmente a un grupo nacional, étnico, racial o religioso. Aunque el término nació para describir eventos extremos, como el Holocausto, su resignificación en contextos contemporáneos permite aplicarlo a formas menos evidentes, pero igualmente devastadoras, de exterminio. En contextos como Brasil y Colombia, algunos académicos y activistas argumentan que la violencia sistemática contra jóvenes negros y pobres puede considerarse genocidio. Esto no se limita al asesinato físico,

sino que incluye políticas que niegan derechos básicos, condenan a estas poblaciones a la marginalidad y perpetúan ciclos de pobreza y muerte.

Paulo César Ramos, en su obra "Contrariando a Estatística" (Ramos, 2021), argumenta que la violencia sistemática contra los jóvenes negros en Brasil puede ser interpretada como un genocidio. Este término, aunque controvertido, se utiliza para enfatizar la magnitud y la intencionalidad detrás de las políticas y prácticas que resultan en la muerte y marginación de esta población. Ramos destaca que, más allá de los homicidios, existen mecanismos institucionales que perpetúan la exclusión y vulnerabilidad de los jóvenes negros, reflejando un racismo estructural profundamente arraigado.

Por su parte, Jacqueline Sinhoretto (2022) ha investigado la relación entre la violencia policial y el racismo en Brasil. En sus estudios, señala que la letalidad policial afecta de manera desproporcionada a los jóvenes negros, evidenciando una práctica discriminatoria en las fuerzas de seguridad. Sinhoretto argumenta que esta violencia no es un fenómeno aislado, sino que está vinculada a una estructura social que criminaliza a la juventud negra y legitima su exterminio bajo la premisa de la seguridad pública.

Ambos autores coinciden en que el racismo estructural es el motor que impulsa la violencia contra los jóvenes negros en Brasil. Mientras Ramos utiliza el concepto de genocidio para describir la magnitud de esta violencia, Sinhoretto se enfoca en cómo las prácticas policiales reflejan y refuerzan las desigualdades raciales. Este diálogo académico resalta la necesidad de abordar el problema desde múltiples perspectivas, reconociendo tanto las políticas estatales como las prácticas cotidianas que perpetúan la violencia racial. Aunque a lo largo de mi participación observante no registre casos tangibles de violencia, abuso o brutalidad policial en Olaya- Rafael Nuñez, fuera de la periferia la vigilancia policial sobre los jóvenes negros si presentaba ser un caso latente, una forma de racismo situado y cotidiano, esto potenciado principalmente por la industria del turismo en la ciudad.

En Colombia, diversos estudios han abordado la violencia policial y el racismo estructural que afectan a las comunidades afrodescendientes, especialmente a los jóvenes. "Silencio e impunidad: racismo sistémico y violencia policial contra personas

afrodescendientes en Colombia", se trata de un informe, elaborado por organizaciones como Temblores ONG, Ilex Acción Jurídica, Raza e Igualdad y CODHES, analiza los patrones de violencia policial racista en ciudades como Cali y Cartagena. Señala que, debido al perfilamiento racial, los jóvenes afrodescendientes representaron el 39,7% de las víctimas de violencia policial en Cali durante el Paro Nacional de 2021.

La mayoría de las víctimas de homicidios en Cartagena son hombres jóvenes. Por ejemplo, en julio de 2023, de los 50 asesinatos registrados, 47 correspondieron a hombres, y la mayoría tenía edades entre 17 y 25 años. Cartagena ha experimentado un aumento significativo en el número de homicidios en los últimos años. Según datos de "Cartagena Cómo Vamos", la ciudad pasó de registrar 197 asesinatos en 2019 a 425 en 2023, lo que representa un incremento del 115%.

La información específica sobre la identidad racial de homicidio en Cartagena no está ampliamente disponible en las fuentes públicas consultadas. Esto refleja una limitación en la recolección y publicación de datos desagregados por raza en las estadísticas oficiales. Estos estudios evidencian la persistencia del racismo estructural y la violencia policial en Colombia, afectando de manera desproporcionada a los jóvenes afrodescendientes. Obtener datos estadísticos detallados sobre homicidios en Cartagena que incluyan la edad y la identidad racial de las víctimas para el período 2018-2023 es un desafío, ya que la información disponible públicamente suele ser limitada en cuanto a desagregación por raza.

Juvenicidio:

José Manuel Valenzuela Arce es una figura central en la conceptualización del juvenicidio, término que utiliza para describir la violencia estructural, sistemática y cultural que afecta principalmente a los jóvenes en contextos de exclusión y vulnerabilidad. Su análisis, enmarcado en la sociología y la antropología, se centra en América Latina, donde las juventudes son no solo víctimas de violencia física, sino también de dinámicas estructurales que las criminalizan y las convierten en sujetos descartables. En su obra "El concepto de juvenicidio: jóvenes, violencia y exclusión en América Latina" (2015), Valenzuela Arce argumenta que el juvenicidio no es solo un fenómeno de violencia directa

(como asesinatos), sino que se extiende a las condiciones estructurales que limitan el desarrollo de los jóvenes, como la precarización laboral, la exclusión educativa y las políticas de seguridad pública que los criminalizan.

Mencionaré algunos elementos clave en su conceptualización. Violencia directa y estructural. El juvenicidio abarca tanto el asesinato de jóvenes (por parte de actores estatales, grupos criminales o ambos) como las condiciones sociales que los colocan en situaciones de extrema vulnerabilidad. Un claro ejemplo de estos son las políticas de "mano dura" en México y Centroamérica, estas generan un contexto donde los jóvenes son vistos como "enemigos internos" del estado. Pero también persisten la Estigmatización y criminalización; los jóvenes pobres, racializados o habitantes de periferias urbanas son categorizados como peligrosos, lo que justifica intervenciones violentas por parte del estado y la sociedad. Valenzuela Arce señala que la exclusión de los jóvenes del sistema educativo, del empleo formal y de oportunidades culturales refuerza el juvenicidio como un fenómeno estructural.

Desde otra orilla, Rossana Reguillo (2011) analiza en sus estudios sobre juventudes sobre el cómo los jóvenes son contruidos socialmente como "sujetos peligrosos". Aunque no emplea el término juvenicidio de forma sistemática, su trabajo sobre la precarización de la vida juvenil complementa el análisis de Valenzuela. Reguillo enfatiza más en los aspectos simbólicos y mediáticos que contribuyen a la estigmatización, como el papel de los medios de comunicación en la creación de narrativas de miedo hacia las juventudes. Valenzuela, en cambio, se centra más en las dinámicas estructurales y materiales de la exclusión.

Todos coinciden en que los jóvenes en América Latina son una población particularmente afectada por la violencia, tanto directa como estructural. Las políticas represivas y la estigmatización son vistas como elementos centrales en la reproducción del juvenicidio, y los factores de clase, raza y género agravan las condiciones de vulnerabilidad para ciertos grupos juveniles. El juvenicidio evidencia cómo las políticas neoliberales y el colapso de sistemas de protección social han convertido a los jóvenes en "carne de cañón" de un sistema que los explota y desvaloriza. Sin embargo, este concepto, aunque poderoso, no

captura plenamente las especificidades raciales y étnicas que atraviesan la experiencia de ciertas juventudes, particularmente afrodescendientes.

Afrojuenicidio: una mirada racializada al exterminio de la juventud negra

El concepto de afrojuenicidio emerge como una categoría analítica indispensable para comprender las dinámicas de violencia que afectan de manera desproporcionada a los jóvenes afrodescendientes en Colombia. Desarrollado por autores como Gustavo Adolfo Santana Perlaza (2021) y Henry Steven Rebolledo (2023), este término permite articular el impacto del racismo estructural, la necropolítica y la economía de la muerte en las comunidades afrodescendientes, particularmente en regiones como el Pacífico colombiano. Desde una perspectiva antropológica, el afrojuenicidio se presenta como una herramienta para develar las formas de exterminio físico y simbólico que enfrentan estos jóvenes, insertos en contextos de exclusión y precarización extrema.

El racismo estructural constituye el eje central de este fenómeno. Como argumentan Santana Perlaza y Rebolledo, la marginalización histórica de las comunidades afrodescendientes ha perpetuado un sistema que desvaloriza sus vidas. En regiones como El Charco, en el Pacífico nariñense, esta exclusión se traduce en la negación sistemática de derechos básicos como la educación, el empleo y la seguridad, condiciones que agravan la vulnerabilidad de los jóvenes afrodescendientes y los convierten en blancos de la violencia letal. Esta exclusión no es incidental, sino que responde a una lógica estructural que criminaliza y deshumaniza a la juventud negra, legitimando su exterminio bajo discursos de seguridad pública o de control territorial.

En este marco, la necropolítica, entendida como la administración de la vida y la muerte en contextos de poder (Mbembe, 2003), opera en las periferias urbanas y rurales de Colombia como un mecanismo de control. Rebolledo describe estos territorios como necrofronteras, espacios donde convergen la precarización extrema y la violencia letal. En estas zonas, la juventud afrodescendiente no solo enfrenta un riesgo constante de violencia directa por parte de actores armados ilegales y estatales, sino que también habita un espacio

simbólicamente devaluado, donde su existencia es instrumentalizada para fines de control y despojo.

La economía de la muerte, otro elemento clave en este análisis, revela cómo las dinámicas del capitalismo global y las economías ilícitas instrumentalizan la vida y la muerte de los jóvenes afrodescendientes. Según Santana Perlaza, estos jóvenes se convierten en recursos desechables para estructuras de poder que lucran con su precariedad. Sus muertes, lejos de ser un evento incidental, son parte de un sistema más amplio que integra el exterminio como una herramienta para mantener el control territorial y garantizar las ganancias económicas de actores ilegales.

El afrojuvenicidio no se limita a la violencia directa, como los homicidios, sino que incluye formas de exterminio simbólico que despojan a los jóvenes afrodescendientes de su humanidad y ciudadanía. Esta dimensión simbólica se perpetúa a través de discursos sociales y mediáticos que los criminalizan y legitiman su exclusión. Como Rebolledo señala, las necrofronteras también son espacios donde las juventudes afrodescendientes resisten, ya sea mediante prácticas culturales, redes de solidaridad o demandas por justicia.

Tal como ha sido desarrollado este concepto por autores como Gustavo Adolfo Santana Perlaza y Henry Steven Rebolledo, es altamente adaptable para analizar las dinámicas de violencia, muerte y criminalidad que afectan a los jóvenes afrodescendientes en Cartagena. Esta ciudad, con su marcada herencia colonial y sus profundas desigualdades socioeconómicas y raciales, constituye un escenario donde convergen las condiciones que sustentan este fenómeno. Mientras el centro amurallado y las áreas turísticas representan la opulencia y el atractivo internacional, las periferias urbanas, como Olaya Herrera, Nelson Mandela y La Boquilla, son habitadas en su mayoría por comunidades afrodescendientes que enfrentan pobreza extrema, desigualdad y abandono estatal. Estas áreas, que concentran las mayores tasas de desempleo y acceso limitado a servicios básicos, representan verdaderas "necrofronteras" donde el Estado está ausente o presente solo a través de políticas punitivas.

En este contexto, los jóvenes afrodescendientes son las principales víctimas de homicidios, criminalización y reclutamiento por economías ilícitas. Tal como en el Pacífico

colombiano, el racismo estructural en Cartagena actúa como un filtro que desvaloriza la vida de estas juventudes, perpetuando su exclusión y justificando su exterminio bajo discursos que los asocian con la criminalidad y la amenaza social.

La necropolítica, que describe cómo el poder define quién vive y quién muere, es evidente en las dinámicas de seguridad y criminalización en Cartagena. En las periferias afrodescendientes, los jóvenes son desproporcionadamente objeto de violencia policial y víctimas de bandas criminales que disputan el control territorial para actividades como el microtráfico. Este panorama se conecta con lo que Santana Perlaza denomina economía de la muerte, ya que las vidas de estos jóvenes son instrumentalizadas en un sistema de control territorial que lucra con su precariedad y termina normalizando su exterminio.

En Cartagena, esta lógica se manifiesta en la cooptación de jóvenes por parte de grupos ilegales, que los utilizan como mano de obra barata en el narcotráfico o como sicarios. Estos mismos jóvenes, cuando intentan desvincularse de estas estructuras, suelen convertirse en blancos de represalias violentas, perpetuando un ciclo de muerte y exclusión. La juventud afrodescendiente en Cartagena no solo enfrenta la amenaza física de la violencia, sino también un exterminio simbólico. Las narrativas mediáticas y sociales tienden a criminalizarlos, reforzando estigmas que los deshumanizan y legitiman su exclusión. Este discurso despoja a los jóvenes afrodescendientes de su ciudadanía y dignidad, negándoles el derecho a habitar plenamente el espacio urbano y a tener un proyecto de vida fuera de las lógicas de precariedad y violencia.

Si bien el afrojuenicidio fue conceptualizado para analizar las dinámicas de violencia en el Pacífico colombiano, su adaptación al caso de Cartagena es no solo viable, sino necesaria. Las periferias de Cartagena comparten muchas de las características estructurales observadas en el Pacífico: exclusión histórica, racismo estructural y el impacto de economías ilícitas. Sin embargo, el caso de Cartagena presenta matices propios, como la presión de la gentrificación en áreas como La Boquilla y el impacto del turismo masivo en las dinámicas de exclusión territorial. La aplicación del concepto en Cartagena permitiría no solo visibilizar las formas específicas de violencia que enfrentan los jóvenes

afrodescendientes, sino también analizar cómo estas se intersectan con las dinámicas económicas y turísticas propias de la ciudad.

Conclusiones

A través de este análisis, hemos constatado que las dinámicas de violencia que afectan a los jóvenes afrodescendientes en las periferias de Cartagena están profundamente arraigadas en un sistema de exclusión y despojo que configura sus vidas como prescindibles. Al recorrer los barrios de Olaya Herrera, Nelson Mandela o Rafael Núñez, nos encontramos con historias que reflejan cómo la necropolítica opera en lo cotidiano, relegando a estos jóvenes a habitar espacios donde la muerte no es un accidente, sino una consecuencia estructural.

Nosotros, como observadores y parte de este sistema social, no podemos ignorar que la afrodescendencia sigue siendo un marcador de exclusión en un orden social construido para perpetuar la desigualdad. Hemos observado cómo el Estado se retira estratégicamente de estas periferias, dejando un vacío que no solo es ocupado por bandas criminales, sino que también consolida un régimen de gobernanza criminal. Esta gobernanza no se limita a imponer reglas de control, sino que redefine las relaciones sociales y económicas de las comunidades, muchas veces a través de la explotación de los mismos jóvenes que terminan siendo tanto víctimas como agentes dentro de este sistema.

La necropolítica nos permite interpretar esta realidad como un ejercicio de administración de la vida y la muerte, donde las vidas negras en estas periferias son gestionadas bajo una lógica de exclusión. No podemos dejar de notar que, al caminar estas calles, se percibe un ambiente cargado de tensiones, de miradas cautelosas y de una resignación latente frente a un futuro que parece vedado para muchos de estos jóvenes. Sin embargo, también encontramos resistencia: en las expresiones culturales, en las organizaciones comunitarias y en los actos cotidianos de quienes se niegan a aceptar las lógicas de deshumanización que les imponen.

Nos parece crucial destacar que este análisis no busca simplemente describir una realidad desgarradora, sino también poner en evidencia nuestra responsabilidad colectiva. Al enfocarnos en el afrojuvenicidio, no solo identificamos un concepto teórico, sino también una invitación a actuar. Al abordar estas problemáticas desde una perspectiva etnográfica, reconocemos que las soluciones no pueden ser universales ni descontextualizadas. En cambio, debemos escuchar las voces de las comunidades, comprender sus historias y trabajar juntos para desmontar las lógicas de violencia y exclusión que han sido naturalizadas.

Creemos que el afrojuvenicidio no es un fenómeno aislado, sino una manifestación de un sistema más amplio que exige una transformación radical. Al compartir estas reflexiones, nos unimos a las voces que denuncian y resisten, reconociendo que solo a través de un trabajo colectivo, crítico e interseccional podremos avanzar hacia la construcción de un futuro donde la vida de los jóvenes afrodescendientes sea valorada y dignificada. Este documento es, entonces, un punto de partida, una herramienta para repensar nuestras prácticas y una invitación a no permanecer indiferentes frente a las injusticias que seguimos observando.

Bibliografía

Álvarez Álvarez, W. (2013). ¡Una requisita... negros! Periferia y discriminación étnico/racial en Cartagena de Indias. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (16), 87-108. <https://doi.org/10.7440/antipoda16.2013.05>

Álvarez Álvarez, W. (2016). Jóvenes, violencia y pandillas en las periferias de Cartagena-Colombia. Aproximaciones teóricas y fragmentos etnográficos. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (24), 171-194. <https://doi.org/10.7440/antipoda24.2016.08>

Feldmann, A. E., & Luna, J. P. (2022). Gobernanza criminal y la crisis de los estados latinoamericanos contemporáneos. *Annual Review of Sociology*, 48, S1-S23. <https://doi.org/10.1146/annurev-soc-101221-021836>

Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

García Pinzón, V. (2023). *Violencia y construcción de paz en las ciudades colombianas*. Instituto Colombo-Alemán para la Paz (CAPAZ).

Guerrero, A. (2010). *Administración de poblaciones, ventriloquia y transescritura: Análisis históricos, estudios teóricos*. Lima-Quito: Instituto de Estudios Peruanos (IEP)/FLACSO-Ecuador.

Marzi, S. (2018). “We are labeled as gang members, even though we are not”: Belonging, aspirations and social mobility in Cartagena. *Development Studies Research*, 5(1), 15-25. <https://doi.org/10.1080/21665095.2018.146672>

Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Madrid: Editorial Melusina.

Ramos, C. (2021). *Contrariando a estatística: Genocídio, juventude negra e participação política*. Alameida, São Paulo.

Rebolledo, H., & Santana Perlaza, G. (2023). Habitar necrofronteras: afrojuvenicidio en el Pacífico colombiano. *Apuntes. Revista De Ciencias Sociales*, 50(94). <https://doi.org/10.21678/apuntes.94.1975>

Reguillo, R. (2011). Juventud y violencia: el 'juvenicidio' en América Latina. *Revista Iberoamericana*, 34(4), pp. XXX-XXX.

Santana, G. A. (2021). Entre víctimas y victimarios: racismo estructural, economía de la muerte y afrojuvenicidio en el Charco, pacífico sur colombiano. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10554/58246>

Sinhoretto, J., Cedro, A., & Macedo, H. (2022). New technologies and racism in ostensive policing in São Paulo. *Dilemas: Revista De Estudos De Conflito E Controle Social*, 15(3), 803–826. <https://doi.org/10.4322/dilemas.v15n3.47068>

Taussig, M. (2012). *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje: Un estudio sobre el terror y la curación*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (2 tomos). Barcelona: Ed. Crítica.

Trejos Rosero, L. F., & Posada Ramírez, A. (2014). Paramilitarismo en la ciudad de Barranquilla. Crimen organizado y mercados de violencia. *Economía del Caribe*, (14).

Trejos Rosero, L. F., Badillo Sarmiento, R., Guzmán Cantillo, J., & Martínez Martínez, F. (2022). *Conflicto armado en Barranquilla (1980-2020): Antecedentes y actualidad de la presencia guerrillera, paramilitar y criminal en la ciudad*. Universidad del Norte.

Trejos Rosero, L. F., Badillo Sarmiento, R., Orozco Flórez, C. A., & Parra Arrieta, L. C. (2021). La violencia selectiva del crimen organizado: trayectorias de la violencia urbana posdesmovilización. *Análisis Político*, 34(102), 54-75.

Trejos Rosero, L. F., Tuirán Sarmiento, Á., & Villa Carpentier, E. (2024). Territorios, capacidades administrativas y paz total en el Caribe colombiano: el caso de las negociaciones con el ELN. Universidad del Norte.

Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. Melusina.

Valenzuela Arce, J. M. (2015). El concepto de juvenicidio: jóvenes, violencia y exclusión en América Latina. En J. M. Valenzuela Arce (Ed.), *Juvenicidio: Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina* (pp. 15-40). México: NED Ediciones, ITESO, El Colegio de la Frontera Norte.